

# ALCANTARA...

Alcántara, ¿de qué te quejas?  
Tú que has dado al mundo  
el mayor santo de penitencia.  
Tú que fuiste cuna de Pedro Garavito  
¿Qué te ocurre?, ¿de qué te quejas?  
No estás contenta de haber dado  
el mayor santo de nuestra tierra.  
En la Iglesia de la cristiandad,  
en forma pétrea,  
han parado el caminar de Pedro,  
porque si no le paran,  
dónde estuviera.  
Entrando en la Basílica de Roma,  
junto a la puerta,  
tres gigantes españoles se encuentran,  
Teresa de Ahumada, Ignacio de Loyola  
y Pedro de Alcántara esperan.  
Porque para hablar con Dios,  
los hijos de la Reina de las Villuercas,  
en el mayor templo de la cristiandad,  
Pedro de Alcántara espera.  
¡Qué mejor embajador que Pedro!  
Alcántara, ¿te quejas?  
No sabes que el hijo de los Garavitos  
desde cualquier sitio tiene correspondencia.  
Cuéntale a Pedro tus proyectos,  
porque mejor que él,  
hijo de esta tierra,  
en la Eterna Roma,  
ante el Trono de Dios,  
él apoya y hace fuerza.

A. POLO BEJARANO

Al margen de los libros

## POR LA GEOGRAFIA CACEREÑA - FIESTAS POPULARES

de Valeriano Gutiérrez Macías (Madrid, 1968)

L

O popular es algo tan consubstancial a determinadas cosas: la poesía, la novela, el cuento, el teatro, la música, la pintura, incluso la filosofía, en su expresión paramiológica, que allí donde falte como elemento constitutivo, decrece o mengua del conjunto, su eficacia y potencialidad.

De esa inspiración anónima y colectiva ha salido el romance, la música autóctona, que más tarde fue llevada al pentagrama, como motivo melódico, por los grandes compositores, la casta e irrefutable sabiduría lugareña o campesina, el folklore, en la multitud de sus manifestaciones: cantos, fiestas, bailes, indumento, costumbres, hábitos.

La novela, el cuento y el teatro ofrecieron a la ávida curiosidad de los lectores o espectadores, el rico caudal de sentimientos, de reacciones psíquicas, entrañables, del pueblo, y la pintura vistió a aldeanos y rústicos con sus trajes típicos, ya de fiesta o del trabajo, y llevó al lienzo el paisaje genuinamente específico, la humilde vivienda: escenario de la pobreza o, al menos, de la estrechez; la plaza, la iglesia, de rudimentaria arquitectura, el ejido o era, la charca, el abrevadero...

Y la historia —ese recinto vastísimo, casi ilimitado, donde van a reunirse los hechos singulares que teje lo presente y confía después a la memoria o pasado— recogió también en sus páginas, el hechizo sin par del pueblo, de la vida lugareña, más estática que locomotiva.

Pues bien, todo este material de hechos, costumbres, fiestas religiosas o profanas, de quehaceres propios de una determinada solemnidad, de típicos atuendos —corpiños, refajos, polleras, guardapiés adornado de lentejuelas, pechero de puntilla y agremanes, faltriqueras bordadas, enaguas con entredoses y jaretas, zapato negro de terciopelo, peinado de picaporte, pendientes y gargantillas de oro, y ellos: camisa de lino, calzón corto de raso, chaleco con doble botonadura, fajón verde, pañuelo de colorines, media blanca, de «tejido grueso de ganchillo»—, de danzas, coplas, tamboriles, flautas y gaitas y de pipiripaos y alborozos en las bodas, romerías y otras fiestas locales, han tenido un notable expositor en don Valeriano Gutiérrez Macías. Conciencioso observador; fino analista de este pequeño mundo rural, tan henchido de honda poesía; recopilador de cuantos antecedentes forman la fisonomía popular: urbana o campesina.

El libro que comentamos: *Por la geografía cacereña. Fiestas popu-*